

EL PAGO Y FELIPE

José María Obaldía

Mundo aparte era aquel, chico, pero mundo. Temblaba el otro, el grande, conmovido por la segunda guerra mundial. Y allí apenas si de vez en cuando, ni se sabe bien cómo, sin diarios y en aquellos tiempos en los que ni hablarse de transistores, solamente alguna noticia tan asombrosa que alcanzaba a llegar, encendía el comentario.

—¡A los alemanes no hay con qué darles! No los para nadie. Tienen una inteligencia que ni se sabe. Dicen que con un tronco de tala o cualquier árbol hacen bencina como para llenar una lata.

—¡Qué los peló!

Pero no mucho más. Aquel era un pago de mucha prosa, de ruedas de cuentos y novedades en boliches, alguna penca, deschaladas de maíz, carneadas de chanco y esas cosas. Pero las novedades, los temas, tenían que ser de allí mismo. Largas horas podía llevar el comentario sobre unos boniatos que estaba arrancando Antenor García, blancos, de una cría brasilera y dulces como almíbar. Y por días, semanas, seguía aquella prosa con afirmaciones y desmentidos sobre la mentada fruta, como decía don Abedón Riboira; pero todo porque se trataba de un tema de aquel mundo, hechura del río que, aunque menguado, sostenía su protagonismo de otros días.

Ya solamente el saveiro de Seu Atalívar entraba, de vez en cuando, desde la laguna. Con una única vela cruzaba lentamente frente a La Charqueada y río adentro arrimaba en Puerto Gómez, apenas una barranca de buen fondo que facilitaba la pronta descarga del tabaco, los gruesos rollos envueltos en melaza y chala, las latas de Mercurio y Res Non Verba, la caña en barriles alargados y fardos de botellas forradas de paja, el azúcar rubia y aromosa, la fariña y las menudencias: guayabada, rapaduras, ticholos, *pés de muleque*. Y la carga también rápida, de charque, cueros, grasa, algunas bolsas de trigo y otras de maíz. En otros tiempos habían sido muchos los saveiros. Ahora nada más que Seu Atalívar entraba con su yerno Valdemar, que solo sabía tocar la guitarra y cantar bajito unas *toadas* melancólicas, y al que el suegro traía por si había que atracarse con alguna guardia emperrada. Entonces eran otros días. La Charquea-

da nombraba el lugar de la que fuera de Ávila, que mostraba su ruinoso muelle de palos y un herrumbroso guinche de mover a brazo. Ni se nombraban otras de antes, como la de Faustino Rodríguez, la de Gómez mismo y tantas otras.

Aunque el río seguía siendo espinazo y corazón de aquel pago cuyos límites él mismo marcaba, con los puntos a los que llegaban las crecientes mayores, y cuya vida toda latía en aquella ancha arteria que corría abierta al cielo. Y que mandaba en la vida de la gente, de los bichos, del monte, de todo.

En largas secas de verano adormecía su paso y con lo que arrasaba de tantas leguas, iba formando islas en algunas de las cuales vivía el hombre y su gente, con poco más que la cosecha siempre generosa de aquella tierra tremendamente rica. Entonces se angostaba y parecían alzarse las barrancas, de las que asomaban, como enormes lombrices sorprendidas, las raíces de los árboles costeros. Era cuando los hombres, entre dichos, burlas y carcajadas, margullían y entre varios sacaban grandes troncos, curados, petrificados por años de sumersión, que luego serían horcones en ranchos, zarzos o galpones. Afloraban también playas de arenas blanquidoradas, de grueso variable hasta el canto rodado, que Honorato iba llevando en su carro hasta el pueblo, puerto arriba, cuando alguien desechando el terrón, decidía poblar «de material».

Otras veces el ritmo de aquel corazón se hacía frenético y el agua saltaba las barrancas, alcanzaba las copas de los árboles más altos y salía extendiéndose a blanquear los campos. La balsa de La Quemada, atada fuertemente, quedaba esperando que, igual que siempre, todo pasara para volver a cruzar de orilla a orilla, quejándose entre el tenso temblar de las maromas. De aquellas islas formadas arañando sierras, cuchillas y bajíos, al amansarse la corriente ya llegando a la laguna, desaparecían las más chicas; de otras más grandes apenas asomaban unas pocas ramas y las mayores mantenían su presencia sobre el agua, con alguna arboleda que a gatas alcanzaba a abrigar alguna chacrita y su rancho. Aunque se tenía memoria de crecientes que habían arrasado todo; de esas bravas mismo y entre las cuales, las peores eran las que aparecían, traicioneras, en buen tiempo y con cielo limpio, hijas de temporales de los cuales no se habían visto los relámpagos ni oído los truenos, que llegaban luego de escurrir torrentes por los lejanos flancos de la Cuchilla Grande.

Una de esas, y para peor de noche, se apareció llegando casi el año cuarenta y agarró a todos, bichos y gente, durmiendo. Y de una de aquellas islas, en un bote viejo en el que apenas cabían él y la patrona, que traía en la falda una jaula de lata con una cotorra muda del susto, salió Felipe González buscando costa. Con un farolito que era una desgracia y al que el viento traía muy acosado, remaba al rumbo cuando las sobras le fueron arrimando las luces de un bote grande, de cuatro remos, donde venían tres cristianos y cinco ovejas. Eran de una estancia de allí nomás para la que, justamente, rumboaba Felipe y andaban tratando de rescatar animales sorprendidos por las aguas. En aquella estancia se quedó ya para siempre, con la patrona. Ella en la cocina y esas cosas; él de caballero de un pastor puro, de crías que se pagaban bien.

—Ya semos negros pasaus de viejos p'aguantar crecientes d'estas.

Recién empezó a conocerlo el pago como buen tallador en carpetas de prosa abierta y contador especial. Como si hubiera estado juntando ganas de prosear y contar, en aquella ya larga vida aislada a las de veras.

Dos condiciones de su contar resultaban salientes en Felipe González. La primera se daba en «los ademanos», como decían todos, con los cuales él dramatizaba algunos cuentos, cumpliendo gestos, actitudes y hasta desplazamientos si del caso fuere, de los seres y las cosas que intervenían en el relato. En esto de dramatizaciones su obra mayor era un cuento, que bien pudo llevar el título siglodeoresco de «De cuando el hijo del Nene Álvarez toreaba la vaca enferma». Allí Felipe hacía de vaca y de hijo del Nene Álvarez, un gurí artero que le dio por fastidiar al animal, que estaba echado en el campo. Comenzaba echándose en el suelo como una vaca y con los ojos duros, como afebrados, empezaba a mirar revoleando la cabeza, siguiendo al hijo del Nene Álvarez, que giraba alrededor pedaleando en la bicicleta. Luego de varios giros se incorporaba, se convertía en el gurí y comenzaba a dar vueltas, manteniendo como centro el lugar donde se suponía que seguía echada la vaca, mirando hacia allí con cara burlona de guía artero y girando con un tranquito chicoteado contra el piso, como dando pedal.

Después de varios giros se echaba nuevamente en el centro de aquellas vueltas y volvía a ser la vaca que de enferma y afebrada se iba convirtiendo en fastidiada y hasta furiosa mismo. Entonces, tra-

bajosamente, como debe pararse una vaca enferma, Felipe comenzaba a incorporarse como el animal vacuno, primero los cuartos y ya cerrando el último revoleo de la cabeza, tambaleante, arrastrando los pies y colgando flojos los brazos, iniciaba una carrera trabada y trabajosa que se iba convirtiendo en la del hijo del Nene Álvarez que ahora, asustado de la vaca que había logrado pararse, disparaba en su bicicleta. Ahí llegaba el momento cumbre: los pies de Felipe-vaca iban dejando de arrastrarse, los brazos se iban endureciendo y extendiendo hacia adelante, como agarrando el manillar de una bicicleta. Y, primero insinuado, medidamente graduado, iba apareciendo el paso del pedaleo del hijo del Nene Álvarez que escapaba de la vaca enferma. Mirando para atrás y a las risas.

Cuento entreverado y trabajoso para escribirlo y leerlo. Pero imposible de contar no siendo Felipe y sin aquellos sus recursos mímicos, más que originales, únicos.

La otra condición memorable de Felipe como contador no era tan explícita, tan manifiesta y hasta escapaba a sus motivadores que eran aquellos auditorios de siempre prontas, sonoras y caudalosas carcajadas que a veces no brotaban oportunamente. Esto ocurría cuando hacía cuentos que él entendía que eran serios, no de reírse. Entonces él se turbaba, perdía soltura y aunque seguía contando hasta el final, lo hacía no de buena gana, como alunado. Era que había entrado en su desconfianza de que se reían de él y no del cuento, molestándole «estar de risión de la gente». Por eso, no era fácil lograr que contara alguno de estos cuentos y el más difícil de conseguir era el de Cristóbal Colón y su descubrimiento de América, al que él consideraba tan serio que lo contaba despacioso, con una voz especial, más grave que de costumbre, sin ademanes, mirando el suelo o a lo lejos, con espaciados y lentos cabeceos como afirmativos.

Una vez habíamos ido a pescar aprovechando la luna nueva de octubre, única época del año en la cual, según el patrón, valía la pena hacerlo porque ahí sí salía pescado. Resultó cierto y después de una noche en la que casi nadie durmió por el pique, se decidió sestear luego de una churrasqueada mañanera y prolongar la pesquería. Pero para esto había que traer más carne de la estancia y nosotros con Felipe fuimos encargados del mandado, saliendo medio de apuro, enseguida de una cascarilla con galleta. Íbamos corriente arriba, pero Felipe, muy baquiano para costear, remaba sin esfuerzo; ni me acuerdo cómo se lo pedí ni qué le dije, pero al poquito rato

nomás, Felipe se largó de golpe a contarme el cuento de Colón, al que yo escuchaba como debe verse, pienso, el Partenón o el Miguel Ángel de la Sixtina, sorprendido aún por aquel repentino comienzo de: «Pa' empezar vi'a decirle que esto empezó hace añares, allá en la Europa...».

Durante más de medio siglo hemos repetido lo que escuchamos aquella única vez a Felipe, marchando río arriba, siguiendo quizás sin mucho esfuerzo su desarrollo y sin alterar casi su habla. Porque aquel cuento se grabó en nuestra memoria para, por lo menos, ser nuestro siempre, y fue, hasta nuestra juventud, natural y cotidiano. Todas las veces que lo hemos contado, hasta en salas pobladas, ha sido a solicitud de alguien o algunos que lo piden por terceras oídas y estos pedidos fueron tantos que hasta llegamos a grabarlo cierta vez, en dos partidas que se agotaron rápidamente. Nunca habíamos querido escribirlo, desalentados *a priori* para lograr en la letra lo que habíamos alcanzado narrándolo oralmente, a juzgar por la respuesta siempre obtenida. Hasta que, finalmente, las reiteradas instancias que se nos han seguido planteando nos han decidido a emprenderlo y hemos resuelto optar por el verso. Confiamos para esto en que redondillas, décimas, sextillas, romances, formas que han sido siempre propias de nuestra cultura popular, justamente por serlo, por su genuina sustancia, pongan lo que en la frase corriente se nos planteó tan difícil, como para haber eludido el intento hasta el presente.

Todo esto, como prólogo, seguramente ha sido muy largo. Pero como homenaje a Felipe González, y en él a todos los narradores de esta tierra criolla, no tanto. Y este ha sido su sentido auténtico.

El descubrimiento de América según Felipe González

Así, sin mucho preparo
ni templar el instrumento,
confiando en el sentimiento
mucho más que en la baquía
pa' hilvanar una poesía,
vi'a cantar un argumento

y a usted Felipe González
le voy a pedir perdón,

aunque no hay mala intención
ni hay en mí nada perverso,
al querer contar en verso
su relato de Colón.

Yo que usted no va a hallar
qu'esto sea artera maña,
pues mi canto a naide engaña
y mi admiración proclama,
sobre su cuento de fama
de Colón y de su hazaña.

Otra vez disculpemé
pero se alarga la prosa,
usted entiende de estas cosas
ya debo dir comenzando
porque la gente, esperando,
se me va a poner nerviosa.

En la Uropa y hace años,
como Felipe dijera,
a Colón que siempre fuera
un hombre muy de su casa
le entró como una viaraza
y ya no fue lo que fuera.

Mozo de gente muy bien,
trabajador y formal,
tuvo aprecio general
hasta que empezó a bulir
con eso del descubrir
y ya comenzó a andar mal.

De una América prosiaba
y qu'él la iba a descubrir,
la gente empezó a decir
que andaba medio mental,
con su mujer quedó mal
y dijo que se iba a dir.

* * *

Con su hijito de la mano,
un día, antes de aclarar,
dijo: «Aura voy a campear
por el mundo un soberano.
En algún pago lejano
un rey habré de encontrar
que los riales quiera echar
pa' vapores y pa' gente
y con este criollo al frente
l'América hemos de hallar».
Pronto se vio que, sin duda,
no era raspar y comer
y la cosa se iba a ver
cada día más peluda.
Cristóbal no hallaba ayuda
y se costeaba galgüeando,
por esos mundos buscando
algún rey pa' convencerlo,
daba hasta lástima verlo
y el gurisito llorando.

* * *

Pero el pobre qu'es porfiao
a la larga algún pan halla
y pa' Colón no había raya
que lo fuera a sujetar;
era capaz de vandear
un tejido con cangalla.

A más, es bien como dicen,
la suerte es igual qu'el viento
no se sabe en qué momento
ni de qué lao va a soplar
y a Colón lo fue a topar
en la puerta de un convento.

Llovía que era un infierno,
relampagueaba y tronaba,
Colón al hijo tapaba
qu'estaba de agua ensopau,

cuando sintió que a su lau
las buenas noches le daban.

Era medio como iglesia
y allí se habían guarecido.
Un curita había salido
y al verlos acurujaus
los había saludau
con yeito muy comedido.

* * *

Preguntó: «¿Son forasteros?».
Cristóbal dijo: «Es verdá.
No semos de por acá
y nos cazó el chaparrón»,
y el cura, abriendo el portón,
dijo: «Entren por caridá».
Las ropas medio colgaron
alrededor de un brasero
el cura tenía un puchero
y a la ollita atropellaron
y tras de caldear dentraron
de l'América a prosiar.
Después de un cigarro armar
Colón dijo que ande fuera
que la tal se le escondiera
él lo mesmo la iba a hallar.

* * *

«Y no vaya a crer, amigo,
que soy d'esos pura prosa;
yo conozco bien la cosa
y sé por qué se lo digo
sepa que traje conmigo
papeles que yo he estudiau
y mapas que me han prestau
pa' l'América encontrar,
pero no he podido hallar
ningún rey interesau.»

Dijo el cura: «Hay que aclarar
si una reina anda sirviendo,
porque entonces, vaya oyendo,
yo lo puedo palanquear.
Soy, lo voy a enterar,
de la de aquí el confesor.
¿Dónde va a encontrar mejor
pa' su techo qu'esta teja?
Tengo con la mujer vieja
una banca de mi flor».

* * *

«Tempranito voy a verla
con los papeles y mapas,
seguro no se me escapa,
tírese en ese colchón
y duermasé don Colón
qu'está pelada esta papa.»

¡Pero de ande iba a dormir!
pitaba de rato en rato.
«Si me falla esta me mato»
pensaba en su disvariar
y lo topó el aclarar,
con los ojos como plato.

* * *

Y ahí vino una temporada
con el cura a tranco largo,
del palacio pa'l convento
y del convento al palacio.
Porque el rey, con unos moros,
andaba en guerra peliando
y la reina, atareadaza,
por tener todito a cargo.
Le dijo al cura que diera,
los papeles a unos sabios
qu'ella les había ordenau
que los fueran estudiando;

según lo qu'ellos dijieran
se iba a resolver el caso.
Y ahí se trancó la cosa,
todito se vino abajo
porque los sabios dijeron
que Colón taba erradazo,
y si es que América había
no quedaba por los pagos
qu'él marcaba en los papeles
qu'ellos habían estudiado.

* * *

Cristóbal quedó quebrau.
pero el curita, que era
d'endurecer el garrón,
de nuevo habló con la reina
y no se sabe bien cómo
pero él halló la manera
pa' que luego de escucharlo,
la mujer vieja dijera
que le avisara a Colón
que viniera a hablar con ella.

* * *

Con el hijito'e la mano,
fue Colón a ver la reina
que le dijo: «Ya sus mentas
de muchos laus me han llegado.
Dicen que usted está emperrau
en descubrir a l'América».

«Pa' servirla estoy, señora
—dijo Colón con respeto—
aunque me halle mal aspeto
le digo que yo he'studiau
y lejos de andar erraus,
mis cárculos son corretos.»

Venía de lomo duro,
ya había hablau medio empacau
pero estaba interpretau
porque la señora vieja
había ablandau la oreja
y del modo d'el gustau.

«Si de verdá oro y plata,
—dijo— allá andan boyando,
cuenta qu'está precisando
pa' hallar esas maravillas,
que yo quiero ver mi hebilla
hasta dónde me va dando.»

Y él contestó: «Seis vapores
y habrá que rejuntar
gente pa' hacerlos andar
que vaya bien mantenida.
Con eso, aunqu'esté escondida
l'América hemos de hallar».

«Muy bien —le dijo la reina—
hay que sacarse las ganas.
Pero deme una semana
pues pa' la plata juntar
vi'a vender algún collar
y algún par de caravanas.»

Dijo Colón: «Lo legal,
aura que usté habla en plata,
es firmar una contrata
como en sociedad bien hecha,
repartiendo la cosecha
en dos mitades esatas».

* * *

Y se firmó la contrata,
pa' hacer bien todo legal,
él ponía la mano de obra
y ella ponía el capital.

Mientras que tocante al rinde,
cada uno iba a la mitá.
Todo empezó a andar ligero,
a la semana nomás
a Cristóbal le avisaron
qu'estaban pa' revisar
los vapores, que eran tres,
más no se pudo encontrar.
Y no en güenas condiciones
pa' temporales toriar.
Alunau y compungido
Colón los dentró a filiar,
pero enseguida pensó
que no podía recular
y, obligau, la carretilla
tenía qu'encarrujar
y que la comba a aquel palo,
de algún modo le iba a hallar.

* * *

La reina empezó a mandar
y llegó la de moverse,
lo primero fue ponerse
los vapores a arreglar
pa' hacerlos medio quedar
en condiciones decentes
y recolutar la gente
que aguantara la tacada,
resuelta pa' una patriada
d'esas de apretar los dientes.

La cosa no era pavada,
salirle a una mar machaza,
meses sin ver una casa,
ni árbol, ni tierra, ni nada,
solo agua y eso salada,
sin ningún trillo pa' ver,
dele y dele sin saber
ni a dónde se va a llegar

hasta llegando a pensar
si un día podrá volver.

Pero un día entró a pintar:
se hizo una gran recoluta
de charque, galleta y fruta
y agua güena pa' tomar.
tratando'e disimular
medio como'e contrabando
también se fueron cargando
unas cuantas damajuanas,
por si Colón tenía ganas
de un traguito en vez en cuando.

* * *

Hasta que una noche fría
Cristóbal le dijo al cura:
«Dela hermano por segura
mañana va ser el día».

Y de mañana temprano
pa' los vapores salieron
Colón tranquiando ligero
con el hijito'e la mano.

La gente que iba a embarcar
venía llegando en tandas
y hasta tenían una banda
que ahí nomás dentró a tocar.

En la vuelta había un gentío
toditos se saludaban
y allá arriba reventaban
los ruidos del cueterío.

Y venían dos señores
que se iban a encargar
de medio capatacear,
en los otros dos vapores.

La reina sentada estaba,
Colón enfrente se hincó
ella al hijito besó
y a los demás abanaba.

Empezaron a trepar
cada uno en su vapor
y un griterío de mi flor
que hasta el suelo hacía temblar.

Unos clarines sonaron,
Colón alzó una bandera
y buscando mar afuera
los vapores arrancaron.

En imponente postura
en la punta del puntero,
iba Colón, seco y fiero,
con la carretilla dura.

Parecía querer llegar
a l'América primero,
y de a poco se perdieron
los vapores en la mar.

* * *

Que lo güeno poco dura
es dicho sabido y viejo,
así que no fue muy lejos
que una madrugada oscura
se había levantau el cura
que del tiempo algo entendía
y a uno que allí había
le dijo: «Por lo que veo
se nos viene tiempo feo,
capaz que por muchos días».

Y resultó baquianazo
por mal disgracia aquel flaire
repente se cortó el aire
y vino como un mormazo.

Pa'l mediodía, un solazo
los tenía achicharraus,
cuando tremendo nublau
se vino del lau del este.
«Esto es agua como peste»,
dijo el curita asustau.

Dele llover y llover
y el viento del mismo lau,
los vapores embarraus
sin poderse ni mover.
Colón no se hacía ver,
vivía en su cuarto encerrau,
estudiando sucuchau,
los papeles rumbear.
Y ya se volvió a escuchar
que andaba medio chifflau.

Los capataces vinieron
y en la puerta le golpearon,
les dio permiso, dentraron
y una prosa allí tuvieron.
Con güen modo le dijeron
que la gente protestaba,
que la ración se apocaba
y más de uno decía
que ni l'América había
y mejor la vuelta daban.

Colón les habló empacau
retrucando qu'él mandaba
y los papeles le daban
que seguía bien rumbeau
y que si es que habían mermau
el agua y lo de mascar
se tenían que aguantar
la semana qu'empezaba
y si en ella no llegaban,
dentrarían a conversar.

* * *

Pero esos días aflojar
era solo una agachada,
porqu'él aura iba a tirar
con una taba cargada.
Pa' eso llamó un tapecito
que medio secretariaba,
alarife y livianito,
y le dijo que trepara
al palo más alto y grueso,
qu'en medio el vapor estaba,
qu'él le alcanzaba'e comer
por medio de una roldana,
que pa' todos los rincones
noche y día vigilara
que si veía l'América
enseguida le gritara,
que iba a haber güena propina
el día que la divisara.

Pasaba el tiempo, Colón
el brazo a torcer no daba.
¡Pero de dónde dormir!,
apenas si se acostaba
y así mismo ese ratito
en una güelta pasaba,
dale pitar y pitar
en l'América pensaba
y mucho antes de aclarar
ya en el catre no aguantaba;
se vestía, prendía el brasero
y el mate ya se aprontaba.
La semana se iba diendo
y aquel tapecito nada
pero a la larga, bien dicen,
hasta un ñandú a pie se agarra
porque en las barras del día,
al concluirse la semana,
pega el grito el tapecito
cuando apenitas clareaba.
Colón saltó y el brasero

en los pies se le enredaba,
se le volcó la caldera
y mientras que se quemaba
le gritaba al tapecito
que «Monte vi» contestaba
y de ahí Montevideo,
años después dimanaba.

* * *

Cristóbal se refregaba
los ojos sin poder creer,
pero él la podía ver
l'América allí estaba.

Al cura que lo miraba
le decía pestañando:
«Permita irle preguntando
¿estaba, amigo, o no estaba?».

Hay que creer o reventar
que la leche es alimento,
dijo el cura: «Se ha mandao
tremendo descubrimiento».

Los vapores de a poquito
a la costa iban llegando
y una indiada saludando,
abanando y a los gritos.

Colón con la vista fija
en l'América'e su amor
ya se tiró del vapor
con l'agua por la verija.

Empezaron a bajar
sin creer lo qu'estaban viendo,
aquella indiada luciendo
plata y oro hasta pa' dar.

Tenían muy güenos modos
se amostraban como amigos,
collares hasta el umblijo
y pulseras hasta el codo.

Y mientras que saludaba
aquel indiaje a la gente,
más de cuatro, medio urgente,
oro y plata envalijaban.

Al ratito de bajarse,
una cruz alta clavó
el cura y ya l'enseñó
a la indiaja a persinarse.

A la tarde habían bajau
toditos los equipajes
acabaus los homenajes
ya quedaron instalaus.

Cerquita fueron a hallar
abundancia'e materiales,
en montes y pajonales
y empezaron a poblar.

A Colón de vez en cuando,
le gustaba caminar
entre los ranchos pasear,
al indiaje saludando.

Tenía güertita sembrada
y criaba algunos pollos,
y un jarro grande de apoyo
saboriaba en la ordeñada.

En medio de aquel placer
vivir era disfrutar,
entonces, ¿qué iba a pensar
en algún día volver?

Pero una tarde, pasando
con el curita se topa
que le dijo: «Allá en la Uropa
la reina estará esperando

yo no quisiera quedar
como un cualquier lengua suelta
pero, pa' mí, que una güelta
por allá v'haber que dar».

Colón lo quedó mirando
y después dijo: «Es razón,
pero con la condición
de que esto siga marchando.

Aquí hay mucha cosa hecha,
la indiada aprendió a rezar.
No podemos arriejar
que se pierda esta cosecha.

Pero yo lo vi' arreglar
y pa' mientras que faltemos,
vamos a ver si ponemos
responsables pa' cuidar.

Como de cuidar se trata,
pa' evitar mayores males,
a treinta y tres orientales
voy a elegir de la pata».

De uno a uno fue elegida
la gente pa' reparar
mientras se fuera a faltar
y ya se armó la partida.

* * *

Con plata y oro a montones
y América descubierta,
tenía cosa por cosa cierta
Colón, al volver al pago,

que de todos el halago
le iba a abrir todas las puertas.

Y de entrada no le erró.
Hubo festejo a rolete
homenajes y banquetes
y en uno, pa' rematar
la reina lo v'abrazar
y hacerlo marqués promete.

Pero vino el trompezón;
cuando él más disfrutaba
se le dio vuelta la taba
y el encargau del tesoro,
dijo que faltaba oro
y que la cuenta no daba.

Cuando Colón se enteró
se puso como furioso.
Vio un abogado famoso
pero era flor de tramoya,
ahí le sumieron la boya
y fue a dar a un calabozo.

De balde fue el pataleo,
añudo fue protestar
y por la reina clamar
porque a ella la envolvieron
con los chismes que tejieron
de qu'él la quería tragar.

Llevaba año y pico largo
en una celda encerrau,
hambriento y encadenau,
cuando le dijo al guardián
al darle el agua y el pan,
que venía el abogau.

«Serenesé don Colón,
que no le vuele la bata;

contestemé en forma esata
—el abogau esigió—
¿cómo fue que usté embarcó
sin firmar una contrata?»

«¿Y usté qué piensa de mí?
yo soy persona mayor;
claro que firmé, dotor,
y lo que allí está asentau,
todito lo he respetau.
¡Se lo juro por mi honor!»

El abogau halló todo
donde Colón le indicó
y al propio juez reclamó
la libertad del penau.
Fue un pleito largo y trezau
pero al final lo largó.

Él salió de lomo duro
con la reina, y con razón.
Pero ella, de corazón,
reconoció que había errau
y llamándolo a su lau
le dio un abrazo a Colón.

Así quedaron amigos
y él la siguió visitando,
de vuelta en vuelta, prosiando,
de a l'América volver
pero nada'e resolver
sobre el cómo y el pa' cuándo.

Al fin él le dijo un día:
«Disculpe, le voy a hablar
bien clarito, pa' explicar
que hay que revivir la empresa
y si a usté no le interesa
yo igual la puedo bancar.

No le digo que fortuna
pero de las que he pasau,
algún peso me ha quedau
como pa'arquilar vapores
y en cuanto el tiempo mejore
me largo pa' aquellos laus».

«Hasta aura nos entendimos
y nos vamos a entender,
va mi palabra'e mujer,
—dijo ella— qu'es sin revés.
Como mi socio, otra vez
va usted a América a volver.»

Y así fue. Nada'e contrata:
palabra por documento
y lo demás fue un momento,
fácil se consiguió gente
y tres vapores, urgente,
arrancaron con güen viento.

Ya baquiano del camino
no le llevó tantos días,
el corazón le latía
con las ganas de llegar
y cuando quiso acordar
ya l'América veía.

* * *

Cierto qu'entre el revolver
con la cárcel y el pleitear,
no habían dejado de pasar
los años en su correr.
Pero él no podía creer
que la vieja población,
que a gatas si era un montón
de ranchos sin ni una casa,
era aura ciudá con plaza
y monumento a Colón.

Recién se había bajau
cuando un refresque sintiendo
ya la maleta iba abriendo
buscando algo abrigau
y allí, quedando enfrentau,
un monumento se topa:
como mandando una tropa,
de garrón duro parau,
de sombrero requintau
y mirando pa' la Uropa.

La estatua no le gustó:
un muñeco petisón,
con la bata hasta el talón,
ya de reajo lo miró.
Abajo un cuadrito vio
donde había una iscrición
que leyó con afición
y en letra chica decía
que América agradecía
al gran Cristóbal Colón.

Un individuo pasó
y al saludarlo Colón
lo miró de refilón
pero no le contestó
fue entonces cuando él pensó:
«Lo que va de ayer a hoy
resulta que yo me voy
y en pocos años pasaus
encuentro todo cambiau
y nadie sabe quién soy».

Medio entraba a oscurecer
dele la gente pasar
y siempre sin saludar.
Él tenía que resolver
dónde se iba a guarecer
por lo que entonces paró
a un hombre y le preguntó.

Él le dio todos los datos
de un hotel limpio y barato
y pa' ese rumbo agarró.

Dentró y saludó al fondero
que era hombre atencioso
quien le dijo que gustoso
le mostraría ligero,
pieza y cama con ropero
qu'en fija le iba a gustar,
así fue, ni hubo que hablar
enseguida se instaló
agua caliente pidió
y ya se puso a yerbear

* * *

Un rincón del comedor
tenía un mostradorcito,
donde unos orientales
tomando el aperitivo
mientras estaba la cena.
Colón entró despacito
con el termo abajo'el brazo
y se sentó en un banquito.
La gente estaba proseando,
alguno medio a los gritos
porque hacía rato qu'estaban
en eso de lamber vidrio.
Entre los que más gritaban
aparecía un bayanito
alarife y balaquero,
casi que medio atrevido,
que hablaba qu'era un doctor
o un diputau elegido.
La prosa andaba en la güelta
hasta que un oriental dijo:
«Pero che, yo a veces pienso
que nunca más se ha sabido
de aquel Cristóbal Colón

que tanta fama ha tenido».
«¡Por suerte! —gritó el bayano—
y me disculpa mi amigo,
pero pasa que mi padre
me tiene más que aburrido,
siempre hablando de Colón
lo más grande que hay ha sido
y que otro como él
en la tierra no ha esistido.
Y a la final, uno piensa,
¿qué cosa tan grande hizo?
si a mí me dan los vapores
que la reina le dio al tipo
de zurda y derecha atada
yo le descubro lo mismo,
o más, si llega a cuadrar,
y sin hacer tanto lío».
Colón, de oreja parada,
sintió hervirle el venerío;
dejó el termo con el mate,
se le acercó despacito
y mirándole a las vistas
le preguntó al bayanito:
«¿Así que el señor entiende,
asegún le tengo oído
de la mar y los vapores
y es descubridor de oficio?».
Cogoteando desconfiau
le contestó el bayanito:
«Si como a Colón la reina
me da lo que necesito,
plata, vapores y gente,
a la verdad que me animo».
Colón le dice al fondero:
«Le voy a hacer un pedido
¿tiene usted huevo'e gallina?
tráigame uno que preciso».
El fondero enseguidita
trajo el huevo en un platillo
Colón lo miró al bayano

diciendo, siempre tranquilo:
«Amigo, a ver si lo deja
de punta, bien paradito».

* * *

Tutubió pero enseguida
le contestó decidido:
«Si es qu' este huevo se para
yo se lo paro aura mismo».

* * *

Y ahí dentro a pasar trabajo,
pues por más que se afanaba
el huevo no se paraba,
quedaba, al sujetarlo
pero era solo largarlo
y enseguida se le echaba.

Sudaba aquel oriental,
hacía frunciendo la cara
las morisquetas más raras,
hasta que al final, cansau
dijo, ya muy fastidiau:
«¡Este huevo no se para!».

* * *

«¿Asina que no se para?
aura me va a permitir,
porque le quiero decir
que primero se prepare
y el día que un huevo pare
recién piense en descubrir.»
Contra el fondo del platillo
la punta el huevo golpió,
apenitas se rompió
y con pulso serenito,
lo colocó derecho
y paradito quedó.

* * *

«¿Vido, amigo, que se para?
—dijo al bayano impostor—
Usté habla más que un dotor
y después ni un huevo para
y arriba le da la cara
pa' echarla'e descubridor

y aura, pa' que aprenda bien,
voy a decirle clarito,
pa' que usté sepa bien, mocito,
con quién habla en la ocasión...
¡Yo soy Cristóbal Colón!»
¡Quedaron todos chatitos!

Glosario

ABANAR. Abanicar, hacer aire con un abanico o algo que lo suplante, que pueden ser las manos, agitadas junto al rostro. De esto ha derivado que el saludo a distancia agitando las manos, sea también abanar. Por extensión se aplica a tener las manos vacías, hablándose de «andar con las manos abanando» cuando alguien está sin trabajo o anda rehuyendo de él. También cuando se llega a una fiesta, cumpleaños o boda, sin el regalo que se acostumbra.

ACURUJAU. Se dice de quien se muestra como acobardado, disminuido, incapacitado de afrontar lo que las circunstancias le reclaman. Proviene del aspecto propio de las lechuzas o lechuzones (corujas) que, bajando su cabeza aparecen encorvados, en la actitud del que se encoge ante la amenaza de una agresión o castigo.

AFANARSE. Poner gran esfuerzo en la realización de algo.

AGACHADA. Actitud o razonamiento astuto, gracioso o inesperado, que siempre resulta sorprendente. A veces se aplica una respuesta o réplica aguda, insólita que sorprende o disimula un propósito. «¡Qué lo parió, pero usté tiene cada agachada que uno no sabe si largarle la risa o mandarlo a la mierda!» (Julio C. Da Rosa, *Novelas cortas*). «Pescado con semejantes alas, Clodomiro!... Pero dejate de embromar, vos tenés más agachadas que un cursiento!...» (Julio C. Da Rosa, *Mundo chico*).

ALARIFE. Astuto, receloso, expectante, inteligente, vivaz. «Dos gauchos con alas rondaron tus noches: el tero alarife y el libre chajá...» (Serafin J. García, *Tacuruses*).

APOYO. Leche que se ordeña luego de permitir que el ternero mame tres o cuatro veces.

A ROLETE. En gran cantidad. Con abundancia.

BALAUQUERO. El que habla demasiado y con escasa razón.

BANCA DE MI FLOR. Prestigio y poder de influir favorablemente para lograr un propósito.

BAQUÍA. Habilidad especial para realizar algo.

BAYANITO. Niño de piel bronceada y rasgos que permiten pensar en ancestros indígenas.

BULIR. Molestar, hacer ruidos o destrozos los niños cuando juegan. Se aplica también a adultos cuando actúan de forma que, claramente, se aseguran más dificultades que beneficios.

CALDEAR. Tomar un caldo como alimento.

CAMPEAR. Buscar algo. Se emplea literalmente en la búsqueda de un animal en el campo pero, por extensión y con frecuencia cotidiana a todo tipo de búsqueda o procura de algo. «¡Baquianasa la china! Ni campiando a candiles / s'encuentra otra que sirva pa' empardarte siquier...» (Serafin J. García, *Tacuruses*).

CANGALLA. Collar triangular hecho con tres palos atados que se colocan en el pescuezo de algunos animales —cerdos u ovejas— evitando así que entren a los sembrados a través de los alambrados.

CARRETILLA. Mandíbula inferior.

COGOTEAR. Hablar con altanería y alardeando.

CONTRATA. DRAE: «Instrumento, escritura o simple obligación firmada con la que las partes aseguran los contratos que han hecho».

DARLE LA HEBILLA. Contar con la cantidad de dinero que fuere necesario.

DE ZURDA Y DERECHA ATADA. Máxima ventaja que puede darse en el juego de la pelota de mano.

DIMANABA. Deformación de la voz verbal *emanaba*, en el sentido de provenir o derivar.

DISVARIAR. Deformación de *desvariar*, según DRAE: «Decir o hacer despropósitos o disparates».

EMBARAU. Entumecido, con dificultad o imposibilidad de accionar uno o más de los miembros de nuestro cuerpo.

ENCARRUJAR. Adoptar una decisión con firmeza, reemprender algo con nuevas fuerzas. Suele usarse en la expresión «encarrujar la carretilla», tomada del gesto de decisión de levantar y adelantar el mentón.

ENDURECER EL GARRÓN. Plantarse con firmeza y decisión frente a una dificultad, claramente enojado.

FILIAR. Observar con disimulo a algo o alguien. «Mientras bailaba y bailaba, entre caída y caída de pestañas, Julieta iba filiendo los candidatos» (Julio C. Da Rosa, *Novelas cortas*).

GALGUEANDO. Del verbo *galguitar* que significa sufrir penurias, andar sin rumbo, urgido por problemas difíciles. «Y qu'en cambio en el rancho del paisano / un sucucho sin juego y sin abrigo / yoraban tres gurises inocentes / galguiando de hambre y erisaus de frío...» (Serafín J. García, *Tacuruses*).

INTERPRETADO. Estar interpretado, entre nuestros paisanos, es estar en un error, forma que a veces llega a expresiones aumentativas, como: «Estar muy mal interpretado».

—Mirá que es una interpretación —aclaró Eladito Fleitas.

—¿Interpretación de qué? —preguntó uno de los Biticas.

—Interpretación de chanchos.

—¿Por qué, interpretación?

—Porque es el chanco de González el que le come los boniatos a tu padre. (Julio C. Da Rosa, *Mundo chico*).

LAMBER VIDRIO. Beber alcohol.

MENTAL. Loco, demente. Es voz que posee matiz eufemístico, por considerarse a las anteriores groseras u ofensivas. «Por más de un año los vecinos tuvieron que turnarse en el cuidado del viejo paralítico y de la vieja mental» (Julio C. Da Rosa, *Mundo chico*).

MORISQUETA. Mueca, gesto con la cara generalmente en procura de causar gracia.

MORMAZO. Se aplica a la luz y el calor solares cuando estos aparecen velados por nubosidades a pesar de las cuales se manifiestan, creando una sensación de pesadez molesta y una temperatura demasiado elevada. Dícese del tiempo caliente y húmedo. «Ombú que a los mormazos del verano / los amansó con su ramaje bueno...» (Serafín J. García, *Tacuruses*).

PALANQUEAR. Ayudar a alguien a superar una situación de apuro o desamparo.

PITAR. Fumar un cigarro.

RECOLUTA. Acción de recolutar.

RECOLUTAR. Recoger el ganado disperso con algún fin determinado.

REFILÓN. Golpe no frontal sino por rozamiento con violencia. Mirar disimuladamente de reojo.

REFRESQUE. Bajar levemente la temperatura del tiempo.

RINDE. Rendimiento, provecho, lo que se obtiene como resultado de una cosecha, la esquila o faena de un animal.

SUCUCHADO. Escondido, refugiado, escondido. Rehuir el trato con otras personas. «Como p'andar en trato con los hombres / después de lo que he visto / ¡Vale más sucucharse en una cueva / y vivir apartau como los bichos!» (Serafín J. García, *Tacuruses*).

TABA CARGADA. Taba a la cual se ha agregado un contrapeso —disimulado hábilmente y muy difícil de descubrir— que actúa haciendo que todos los tiros que con ella se hagan resulten ganadores.

TAPECITO. Niño de piel bronceada y rasgos que permiten pensar en ancestros indígenas.

TUTUBIANDO. Titubeando, hablando con titubeos.

VENERÍO. Conjunto de las venas del cuerpo.

VERIJA. Pliegue interno de la piel en la región en la que las piernas se unen al tronco. Ingle.

VIARAZA. Decisión brusca e imprevista sin explicación suficiente. Segovia, luego de definirla como «acción inconsiderada y repentina que uno ejecuta» agrega que es voz antigua de España y de origen galaico. DRAE: «Acción brusca y repentina» con uso en Argentina, Colombia y Guatemala. «El tío corrió un poco para atajarlos e impotente, en una

SOBRE EL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

viaraza, le tiró con el freno por las costillas...» (Omar Moreira, *Rosendo y sus manos*).

VOLAR LA BATA. Molestarse hasta el enojo con facilidad. Enfurecerse.